



Andrés

Trapiello **El final**
de Sancho Panza y
otras suertes



El final
de Sancho Panza
y otras suertes

Andrés
Trapiello

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1309

«Hechos, sólo hechos.»

CHARLES DICKENS,
Tiempos difíciles

Capítulo décimo séptimo

Acudió Sansón al día siguiente al corral de comedias de la calle Borciguería, donde le dijeron que había de esperar un tiempo, porque se habían ido unos cómicos y no habían llegado otros.

Empleó Sansón aquellos días en algunos asuntos que traía en la cabeza, por ser hombre avisado.

Cierto que lo reclamaba su tío don Suero, viejo, sin descendencia y roto, para hacerse cargo de la hacienda. Pero cuántos indianos prometían haciendas que no tenían con tal de traerse con falsas promesas un pariente que les diese un jarro de agua en la hora de la muerte. Cavilando en ello dio en pensar cómo vivirían allá, si tal ocurriera, llegando como llegarían con una mano delante y otra detrás.

Vio así Sansón en Sevilla la industria de la seda, pero alguien le dijo que los gusanos llegaban muertos la mayoría. Miró la del jabón de olor. Pensó: «Podría hacerme jabonero y llevar dos barriles de alhucema. Allá es muy estimado el jabón hecho con esas hierbas; no hay dama española a quien no recuerde su patria, y el de la memoria es pingüe negocio siempre». Se lo inspiró la almona de la calle del Pescado, cuando fueron a buscar al capitán. Pidió también visitar la Casa de la Moneda, con idea de abrir allá una ceca. O hacerse batihaja, si no encontra-

ba a nadie que le empleara por sus letras: «Allá habrá mil iglesias nuevas y hartos retablos que cubrir». O labrar naipes, «nunca faltan donde se hallan cuatro ociosos sin nada que decirse». Incluso habló Sansón con un espadero, por llevarle sus espadas y correrlas allí.

Salía Sansón de casa temprano y no volvía sino a la hora de la comida, sin decir tampoco a los suyos que buscaba oficio, pues cada día que pasaba, lo de su tío Suero se pintaba más en su imaginación como un gran engaño. Solía ir solo en esos torneos, pero si le acompañaba Sancho, a él menos que a nadie le hubiera dicho que iban a la aventura.

En pocos días se puso con discreción al corriente de cómo lo que se llevaba a Flandes, que eran lanas, aceites y buratos, volvía en mercerías y libros, y la cochinilla y los cueros de las Indias que iban para Florencia venían de allí como oro hilado, brocados y sedas, y así con el resto de las naciones, que unas enviaban cuchillos y mercerías de Ruán y otras se llevaban fustanes, y era tal el tráfico de las Indias a Sevilla y de Sevilla al mundo y del mundo a las Indias, que no había quien no quedase admirado. Se dijo incluso: «Seré mercader en Sevilla, si el Consejo niega los permisos, u orive, que el oro mueve el mundo, o allá si vienen mal dadas».

Al fin un día, estando presentes Sancho y Quiteria, Carrasco le dijo a Antonia:

—De cuantos negocios parecen limpios y prósperos, me reafirmo en mi primera idea, y es que el de mercader en piedras bezares es un buen oficio. Ningún dinero empleamos con menos pesar que en sanarnos con remedios mágicos, ni nada acrecienta tanto las bolsas como la fe. Seré mercader de piedras bezares si la hacienda de mi pariente resulta un espejismo.

—¿Qué sabe vuesa merced que no nos cuenta? —preguntó alarmada Antonia.

—A tiempo estamos de quedarnos —dijo Sancho

una vez más—. Ya me extrañaba a mí que saliera tan de la nada un tío rico.

Pero el bachiller era un hombre persuasivo, y no habló del tío pobre y sí de las bezares. Nada sabían sus amigos qué piedras eran aquellas, y les contó que las criaban ciertas bestias de las Indias junto al riñón o en otros rincones de su cuerpo, y que tenían tantas propiedades, que a su contacto quedaban curados muchísimos males. El mismo Rey las pedía, y las usaba el Papa.

—Suena eso a brujería —dijo Quiteria—. ¿Y no sería mejor, y sabiendo cuán en su punto me salen mis confituras y conservas, pensar abrir allí un obrador y ser dulcera, que dondequiera el hombre va, lleva consigo su golosinería?

—O comedias. Podría escribir vuesa merced comedias —sugirió Sancho.

La vida ociosa que llevaban les hacía emplear su tiempo en fantasías sin fruto.

Incluso Antonia dejó volar las suyas, y dijo por burla que ella haría que don Pedro le mandara su dinero allá, y podía darlo a préstamo, por haber aprendido mucho del señor De Mal.

Le preguntaron a Sancho qué sería o podría ser, y dijo que aunque se viese lo bien que gobernó la ínsula, él prefería ser mandado, y que en ser un buen mandado había tanto mérito como en mandar bien.

—Y quizá, si se ponen así las cosas, mejor será volverme a tiempo a nuestra aldea, que es mejor una retirada a tiempo que no la mejor batalla —añadió.

Para evitar que prendiera el desánimo en todos, volvió Sansón Carrasco por el corral. Hacía dos días había llegado ya el descomunal representante Angulo el Malo, hijo de Angulo el Malo y nieto de Angulo el Malo, estirpe de comediantes que llevaban sobre las tablas desde los tiempos de Aristófanes. Y esa misma tarde les dijo a los tres:

—Fuera murrias, señores. Hoy, comedia.

—Y lo que no hubiese dado mi amo don Quijote —dijo Sancho— por ver a estos Angulos, de los que tantas cosas buenas había oído.

Y contó Sancho cómo se encontraron él y don Quijote a uno de aquellos Angulos, después de haber estado en el Toboso. Venían de representar *Las Cortes de la Muerte* en un pueblo cercano, e iban a representarlas a otro no lejos de allí, y por comodidad no se habían quitado sus disfraces y máscaras, que eran las de la Muerte, del Diablo, del Ángel y otras muchas. Cuando supo don Quijote que eran de una mojiganga, se le fueron los ojos tras ella.

—Quizá alguno de estos señores representantes —siguió diciendo Sancho— fue el que espantó a Rocinante con tres vejigas de vaca hinchadas y muchos cascabeles, que no paró hasta dar con don Quijote en el suelo. Ya tengo ganas de decirle al señor tuno que no está bien andar burlándose de los caballeros, y romperle en la cabeza mi cañaheja.

Ni el antiguo escudero ni las mujeres habían puesto jamás los pies en ningún corral de comedias, no así el bachiller, que los había fatigado en Salamanca, y había pasado en ellos más tiempo que en las aulas. Y aun a Quiteria hubo que arrastrarla a verlo, porque dijo que había oído decir ella que a aquellos lugares iban a menudo los demonios, donde cazaban a lazo las almas, que se llevaban consigo al infierno.

La sacó de su engaño el bachiller, diciendo que de ningún otro esparcimiento obtenían tanto beneficio las repúblicas, pues durante dos horas todos vivían vidas distintas a las suyas, y estando entretenidos no hacían mal a nadie, al contrario, se hacían a menudo mejores.

—Extraño modo de hablar es ese, señor Carrasco —dijo Quiteria—, que eso que dice cuadra mejor con una iglesia.

—Iglesias son los corrales —repuso Sansón—, pero a lo profano.

Cuando llegaron estaba ya el corral llenó de toda diversidad de gentes, caballeros principalísimos y gente neta sin oficio ni beneficio hermanados por aquellas imaginaciones que a menudo eran más reales que la propia vida.

Se apretaron todos como grano en granero, se hizo un expectante silencio y empezó la función.

Lo que vieron Sansón y Sancho, Antonia y Quiteria los dejó atónitos: aparecieron por la mano derecha del cadalso un caballero armado de tal modo y montado en un jamelgo escuálido que no podía ser otro que don Quijote en Rocinante. Detrás, a pie, iba quien podía pasar por Sancho Panza.

Apenas asomaron, todo el teatro los recibió con jolgorio y cerradísimos aplausos, señal de que ya conocían el asunto, o al menos habían oído hablar de él.

Aquel hombre empezó a recorrer el tablado con pasos solemnes, las manos enlazadas a la espalda y la barbillas en alto. Caminaba pausado mirando un papelón donde figuraba la luna. Vestía una armadura vieja e iba tocado con aquella bacía de barbero que don Quijote reputó el yelmo de Mambrino. Y lo que hablaba eran palabras verdaderas del libro, y al rato apareció un mozo que vestía las armas y enseña del de la Blanca Luna, que no era otro que Sansón Carrasco, y hasta la sobrina y el ama comparecieron en escena luego.

Se quedaron los cuatro de una pieza.

—¡Vámonos! ¡Qué descaliento! Esto es como yo decía, cosa del demonio —protestaba Quiteria a cada paso, pero no se apartaba de allí, subyugada como todos por la magia de las tablas.

Terminó aquello, y Sancho Panza le dijo al bachiller:

—Ya veo yo en qué consiste esto que llaman teatro, que no es otra cosa que a mi amo hacerle pasar por más

loco de lo que fue y a mí por más tonto de lo que soy. Pero digan, que más de Cristo dijeron, y he visto que ni en las risas de la gente hubo malicia ni en sus lágrimas pena, sino ilusión de ser otros, como decía hace un momento mi señor Carrasco.

—Si vos no sufrís, harto de ajos, el veros motejar de necio, no he de sufrir yo verme tratada de pérfida, cuando tanto quise a mi señor tío —dijo furiosa Antonia.

—Ha de saber, señora Antonia —le dijo entonces el escudero por aplacarla—, que nada de cuanto ha oído aquí se dijo contra vuesa merced, y agraviarse por ello sería agraviarse por nada. Y yo sé que nada de todo cuanto ahora dicen ahí arriba que digo está dicho con ánimo de ofensa ni buscando mi deshonor o la de don Quijote o la suya. Que todo lo que sucede en el teatro es como un sueño, y lo que se dice en sueños, en el sueño queda.

Estaba Sansón atento a las razones de Sancho, y le dijo que eso era exactamente la esencia del teatro, y que en efecto poco ganaría la honra de todos ellos, incluida la del difunto don Quijote, si se diesen por deshonrados.

—Y aún más, ama, bachiller, Antonia —dijo Sancho—. Dejad de mi mano este negocio, que, o yo no sé nada del mundo, o habrá de poner feliz término a algo que no me dejaba vivir desde que salimos de nuestro pueblo.

Esperaron a que saliera la gente y quedara solo el corral.

A un lado del estrado había una casona mediana, que habían usado los comediantes durante la representación, entrando y saliendo de ella como abejas por su piquera, y en ella entraron Sancho y los demás. Había dentro una gran animación de gentes que habían venido buscando a los comediantes. Recorrieron algunos aposentos, donde hallaron a unos quitándose los postizos que traían, y a otros guardando sus vestidos y galas en sus arcones de mimbre. Preguntó Sancho por Angulo el Malo, y le señalaron a un hombre viejo, pero fornido, de barba cerra-

da, el mismo que en el sainete había hecho la figura de Dulcinea.

Pidió licencia Sancho para hablarle dos palabras, y Angulo se la concedió muy cortés, diciendo:

—Habréis de daros prisa, pues tiene pensado la compañía salir mañana a primera hora camino de Carmona, donde se nos espera.

—Será cosa de poco —dijo Sancho—. ¿Os acordáis de mí?

—Maldita si me acuerdo. Ahórreme preguntas simples y tendrá respuestas discretas.

Iba a decirle Sancho cómo hacía cosa de un año, más o menos, en la octava del Corpus, él y su compañía venían de un pueblo al lado del Toboso donde habían representado *Las Cortes de la Muerte*, pero había aprendido que en la vida no siempre el mejor camino es el más corto, y empezó por el final:

—Y, decidme, ¿conocisteis en persona a don Quijote y a su escudero?

—Ya me hubiese gustado a mí conocerlos, siendo tan graciosos —confesó Angulo, sin alzar la vista de su tarea que era cinchar aquel baúl de mimbre.

Entonces le preguntó Sancho si en tal fecha y en tal lugar venía su compañía representando *Las Cortes de la Muerte*, y Angulo le dijo que no podía recordar eso, pues la vida de los representantes es estar un día acá y otro allá, y en cada lugar les suceden tantas cosas extraordinarias y fuera de razón a los cómicos, que no hay ninguno que lleve puntual cuenta de todas.

Empezaba Angulo a dar muestras de impaciencia, y, listas las cuerdas, se puso en pie, se sacudió las manos y dijo:

—Abrevie, hermano.

—Abrevio: yo soy Sancho Panza. Y este que veis aquí, el bachiller Sansón Carrasco, y esta el ama, y esta la sobrina.

—Ya. ¿Y dónde está don Quijote? —preguntó alegremente Angulo, que pensaba que aquellas eran burlas.

Pero le sacaron de su engaño la gravedad de todos ellos, y entonces dio en pensar que venían agraviados por lo que habían visto sobre las tablas.

—Sabed, señores —dijo Angulo muy apurado y receloso—, que no he hecho otra cosa que seguir las aventuras de vuestas mercedes tal y como las ha sacado en libro Robles.

Y se excusó diciendo que en realidad de la segunda parte sólo sabía de oídas, y que si acaso no había estado puntual en ella, se debía a ligereza, y no a mala voluntad.

Le tranquilizó Sancho y dijo que todo iba poco más o menos ajustado al libro, y le recordó que en aquella segunda parte, si la hubiera leído, se habría topado con el pasaje del encuentro que tuvieron él y don Quijote con ellos cerca del Toboso, y los trajes que llevaban de Cupido, de Emperador, de la Muerte, de Ángel y otros muchos, y lo que allí sucedió...

Nada recordaba Angulo, y llamó a algunos de sus camaradas, por si ellos lo recordaban. Se hallaba presente el que burló a Rocinante y montó el rucio, y este lo confirmó.

Se entristeció mucho Angulo, tanto por no recordar aquel encuentro, como por haber pasado junto a don Quijote sin conocerlo.

—Vida extraña la nuestra —dijo para sí Angulo, tal y como dicen ellos sus soliloquios en el teatro, que parecen hablar consigo y lo hacen en voz alta—, que hace que pasemos al lado de gentes sin notar su valor y valores a otros que no lo tienen, unas veces por inadvertencia, otras por descuido, las más por nuestra propia simpleza.

Era ahora Angulo un hombre que ya se había olvidado de su oficio de cómico, y el hallarlo en verdad apesadado le hizo decir a Sancho:

—No os aflijáis, señor Angulo, bien está lo que bien acaba: aquí nos tenéis a nosotros de cuerpo presente.

Notó Sancho en la mirada del bachiller que acababa de decir algo fuera de punto, pero no dijo nada.

Quiso Angulo agasajarlos, y como es uso de comediantes, improvisó una mesa sobre el baúl, y mandó a un muchacho que andaba por allí a comprar de lo caro a una taberna, y llamó a los otros recitantes, y todos los rodearon mirándolos de arriba abajo. Y unos pensaban si no sería una burla de las de Angulo, que acostumbraba a darlas.

—La comedia que hacéis está bien traída y no hay en ella nada que no obedezca a un deseo de esparcimiento honesto —empezó diciendo el escudero—. Alguno y aun muchos habrá que, queriendo conocer de primera mano nuestra historia, vayan a conocerla en la de Cervantes, lo que redundará en fama suya y nuestra. Así que todo ha de ser gratitud para quienes como vuestras mercedes van sembrando nuestro nombre por estos reinos. Podríamos porfiar de hoy a la eternidad acerca de las cosas que decís que dijimos, y sería no ponernos nunca de acuerdo, pues nadie guarda en su memoria de la misma manera las cosas que pasaron o se dijeron, y soy yo, que no siempre me muestro de acuerdo con las cosas que se dice en el libro de Cervantes que hice o dije, cuánto más no sucederá a vuestras mercedes, que han leído un recuelo, hecho por quien acaso tampoco lo ha leído, dejándose llevar de lo que le han contado. Pues están llenos los libros de historia de opiniones desacordadas de las que no podemos decir que falten a la verdad, sino que a veces son verdaderas a su modo, y de antiguo se ha dicho que todo lo sabemos entre todos. Pero habrá algo que acaso pudierais hacer en lo que nadie podrá deciros que no estéis siendo puntualísimo.

—¿Qué es ello? —dijo Angulo el Malo, que ya sólo buscaba cómo agasajarlos de veras—. Decídmelo, que

nada me holgará tanto como contentaros y haceros merced.

—Hablo de ese caballejo que figura como Rocinante, y el rucio, que apenas se puede tener en pie. ¿Qué necesidad tenéis de sacar unos fingidos, cuando podéis tener los verdaderos, contribuyendo con ello al buen suceso de la obra? Id por todas partes y anunciad a Rocinante, el verdadero Rocinante, y al rucio, el verdadero rucio. Sólo con ello habrá gentes que acudan a verlo con más gusto que a ninguno de los comediantes insignes que ha habido en el mundo, dicho aquí esto con el debido respeto a los presentes. Y harán esas bestias tan bien su papel como ninguna podrá hacerlo en su lugar. Y del asno, qué deciros. Quizá alguien, no habiéndonos conocido y viendo esas pobres máscaras que nos representan, podrá creer que somos nosotros. Pero nadie que haya conocido a Rocinante o a mi borrico se dejará engañar. Aquí al lado están esperando, y en mano alguna estarán mejor que en las vuestras...

Tan asombrados como Angulo el Malo se quedaron Sansón, Antonia y Quiteria del buen juicio de Sancho.

No entendía Angulo qué importancia podía tener que fueran los verdaderos Rocinante y el rucio allí donde todo era fingido, coronas de reyes, mantos de armiño, galas de amador, y que, puestos a ello, tendría más sentido que sus personas se sumasen a la farándula, y así los anunciarían por donde fueran.

—No hablemos de esto, que es mentar la soga en casa del ahorcado, pues llevo yo diciéndolo al bachiller desde hace mucho —atajó Sancho—. Hoy nos hemos de conformar con poner nuestro buen nombre en las bestias. ¿Os parece poca cosa la verdad de un rocín y un rucio? La verdad es la principal compañera de la mentira, y nada saca más verosímil una mentira que una verdad. Llevaréis por donde vayáis una cédula firmada por mí y por el bachiller Carrasco, aquí presente, ante un

juez amigo nuestro que vive no lejos de esta Borciguería, y con testigos en pública forma. En tal cédula se confirmará ser ellos los auténticos Rocinante y rucio. Y aun en el caso del burro irá con la albarda original que le fue tomada en singular combate a un barbero, motivo de disputadísima porfía. Mostraréis donde vayáis la probanza de ser las caballerías y albarda lo que dicen ser a quienes quieran verla. Y aún digo más: podéis leerles a las gentes lo que se dice en el libro de la amistad que hay entre estos dos animales, comparable a la de Niso y Euríalo, y Pílates y Orestes, y todo cuanto venga después en la comedia resplandecerá como el sol en lo alto, de lo que el público recibirá tanto o más gusto que de la propia comedia, pues no hay cosa fingida que valga más que la verdad, quitando lo que es fingido y verdad al mismo tiempo, como es esto que nos ocupa, o sea, la vida de quienes somos a un tiempo las dos cosas, realidad y cosa imaginada por nuestros autores, que es la perfección suma. Y lo de ir nosotros en vuestra compañía, más vale no meneallo, que será dar coces contra el aguijón, que aquí mi señor el bachiller no quiere oír hablar de quijotismo ambulante ni en pintura.

—¿Y de cuando acá, Sancho, habláis tan rodeado? No eran esas las noticias que teníamos de vos.

—Es largo de contar —respondió el bachiller, que allá por donde iba acababa teniendo que hablar de ello—, pero sepan todos que si en las armas fue don Quijote caballero muy largo, Sancho Panza puede en las letras dar sopas con onda al más pintado.

Agradeció Sancho al bachiller el cumplido con una solemne cabezada, y Angulo dijo:

—Lo damos por bueno. ¿Y qué pedís por esas bestias?

—Lo que sea de razón —sentenció Sancho.

Y añadió que habiendo sido su amo don Quijote hombre de armas tanto como de letras, y aun con un

punto de poeta, nada le hubiese parecido mejor que su buen Rocinante acabara su vida llevando noticia de su amo donde él ya no podía llegar y haciéndole ganar batallas, como el Cid, después de muerto. También le hizo prometer Sancho al señor Angulo que si volvía de las Indias rico, como pensaba, y el rucio vivía, habían de volvérselo por el mismo montante, aunque estuviera viejo y averiado, y que él lo buscaría, o en su defecto no matarlo, sino dejarlo morir de su muerte, y le hizo prometer asimismo que le daría cada día su pienso y que habría de ser cebada, que en eso el rucio era muy suyo, y que si eso hacía Angulo le haría ganar a la compañía tan buenos jornales como le hizo ganar a él.

La razón fue tan en su punto y la salva de la venta tan razonable, que allí mismo se dieron la mano Malo y Panza. Y así, se despidieron todos hasta la mañana siguiente, no sin antes brindar y beber todos el vino que había traído el muchacho.

Marcharon las mujeres a su casa y Sancho y Sansón a la de don Luis de Valdivia. Le explicaron a este su negocio, y don Luis, que mostró ser, como dijo don Juan y en contra de lo que hacían creer sus ojos saltones y el lobanillo, un hombre bonísimo, un pedazo de pan bendito, prometió firmarles aquellas cédulas.

A la mañana siguiente acudió Sancho con Rocinante y el rucio a la casa donde posaban los comediantes, Sansón con el juez, y el señor Angulo con los ciento cincuenta ducados, cien por el rucio, que era en efecto muy bueno, y cincuenta por el caballo, que era el doble de lo que valía, pues ya estaba para el arrastre.

Y así, mientras el juez, que se había llegado con un escribano y un oficial de la Audiencia, se dispuso a dejar constancia de que aquellos dos animales habían estado al servicio del gran don Quijote de la Mancha, conocido como el Caballero de la Triste Figura, y de su escudero Sancho Panza, este tomó de la jáquima al rucio y apar-

tándose un tanto de allí, donde nadie le viera, le habló tiernamente al oído, al tiempo que le pasaba la mano por el pescuezo:

—Ay, Almanzor, Almanzor...

Que ese y no otro era el nombre de aquel rucio ya se ha dicho. Y que no entendía Sancho que no se declarase en el libro, también. Don Quijote fue de la opinión que Cide Hamete, moro de nación, no debió de encontrar conveniente en un asno el nombre de un gran rey suyo, por lo mismo que nunca en toda la historia se declara que don Quijote y Sancho habían entrado en sagrado, o atendido a los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, o guardado los viernes, siendo como era don Quijote un caballero tan católico, y Sancho un escudero con cuatro dedos de enjundia de cristiano viejo, y que eso sólo podía obedecer a ser el historiador creyente de Mahoma, y no de la verdadera fe.

Y dicho esto, sigamos con lo que entonces le estaba diciendo Sancho a su Almanzor, que fue lo que sigue:

—... y qué verdad es esta de los adioses, que habrán de ser para mí los de la muerte, pues ahora veo que me duele tu marcha más que si me arrancaran una zanca allá en las Indias. Desde que yo mismo ayudé a tu madre a traerte al mundo, no ha habido un solo día que me haya separado de ti ni tú de mí, salvo aquellos que siguieron al robo. ¿Qué es este dolor que siento en el costado? Nadie me ha dado tanta compañía, a nadie he confiado tanto mi suerte y mi desdicha, ni hecho ganar jornales de veintiséis maravedís, que eran la mitad de mi despesa. Mira de ser prudente, y vivirás largos años. No des coces contra el aguijón, que llevarás las de perder, siendo bestia; muy al contrario, muéstrate solícito y risueño, que todos somos más sensibles al halago que a la crítica, y a quien hubieres menester, hazle placer. Sufre con paciencia las impertinencias de tu amo, los ladros de los perros y las burlas del necio, que la paciencia te hará

más sabio, pues se ha dicho que las dos virtudes del asno son paciencia y trabajo, y oye manso y habrás descanso. Que no se diga de ti que eres terco, perezoso o colérico, sino dócil, diligente y reposado en el comer y en los rebuznos, y lleva estos tasados, que siempre dan fastidio. Muéstrate noble, que ninguna otra virtud adorna tanto a una bestia como esta de la nobleza, y honra más el buen talento que el buen nacimiento, y mejor es que por ti valgas, que por tu casta. Acude con prontitud a las llamadas que te haga tu amo, y déjate montar por los más chicos, aunque no los conozcas, pues ello te dará fama de discreto y bueno, y, teniéndola, nadie te dará un palo, como nunca te los di yo. Y la fama, verás, hermano, se pregona a sí misma, y aun antes de llegar a lugar nuevo, ya sabrán todos que eres bueno y discreto, y querrán tu compañía, pues ningún hombre hay, como no sea empecinado y cruel, que viéndote razonable, no se compadezca de tu suerte de asno y no te regale. Estate atento siempre a cuanto se dice cerca, pues de escuchar se aprende más que del hablar o rebuznar, que se ha dicho que por la boca muere el pez y lo que el rebuzno habla con palos lo paga. No rebuznes de más, como te he dicho, que perderás la estima que te tengan, ni levantes la cabeza con soberbia, ni la muevas altanero, pero tampoco la bajas para humillarte, busca el justo medio en todo, que en el medio está la virtud. Sé frugal y come pausado, que en esto está el secreto de una vida larga y, con los de tu estado, no entres en murmuraciones ni en envidias, que son cosas ambas que no traen nunca beneficio ni contento a quien las hace, que el orín se come el hierro y la envidia al mal sujeto. Ni roznes mientras comas, sino hazlo con policía, ni des corcovos. Da gracias al cielo de la suerte que te ha deparado, que después de la vida que llevaste en la escudería andante, no es mal oficio ser burro cómico, pues andarás leguas, que es el mejor empleo, y conocerás lugares y gentes que te enseñen más que el trabajo

de noria y atahona. No maldigas nunca tu suerte, porque la queja trae descrédito, y piensa que siempre pudo ser peor. No seas lascivo ni rijoso, que ese es el pie del que cojeas, y menos con aquellas bestias extrañas o del cercado ajeno, o muy superiores a ti en linaje y estado, que no todos habrán de ser comprensivos con tales gollerías, y mantente en los márgenes de la honestidad, que tanto y bien dice de todo el mundo. Que no se diga que te alteran fríos, calores ni pasiones, y cuida de Rocinante, pues la caridad engrandece siempre, y más a quien la usa con aquel que es viejo y va a menos. Como el público de comedias tiende a bárbaro y cree lícito todo esparcimiento por el medio real que les llevan los comediantes, viendo a Rocinante hecho un adefesio, se mofarán de él y lo llenarán de vituperios y lindezas como no dicen dueñas. No dejes que el escarnio triunfe, y recuerda que nunca consintió su dueño verse motejado de loco ni tratado de necio el tuyo, y si fuese necesario defender a tu amigo Rocinante a coces, hazlo, porque defendiéndole a él, defenderás el nombre de don Quijote y su divisa, que fue defender al débil del atropello de los tiranos, y piensa que al defender, a nadie ofendes, sino que te honras a ti y a los tuyos. Contén, pues, tu cólera, pero piensa que es preferible morir colérico que vivir escarnecido y sufrir burlas. Ni te des a las melancolías ni te dejes avasallar del necio, que el burro no es tan bestia como piensa el que lo piensa. Si sigues estas razones que te encarezco, habrás de ser un asno del que se hablará en los siglos venideros como dechado asnal, y recordarán acaso junto al tuyo mi nombre, como primero en enseñarte las cuatro letras que ha de saber toda bestia bien nacida, y sólo siento no ser yo tu bachiller, como lo fue el bachiller conmigo, y enseñarte ahora a leer y escribir, que si yo aprendí, tú con más comodidad lo harías, que cosas más extrañas hemos visto ya en nuestras vidas.

A todo esto que decía Sancho asintió el rucio sin mo-

verse, y tan atento, que parecía haberlo comprendido cabalmente, y no sólo, sino que dio en topar con su cabeza la de Sancho, en un amoroso martelo, lo que arrancó el silencioso llanto del buen escudero, a quien surtió de lágrimas para un año.

Le costó al bachiller Dios y ayuda arrancar a Sancho del rucio y a este de su amo, y todos cuantos vieron esa escena no sabían si llorar con él o darlo a risa.

Entregó Malo a Carrasco los cincuenta ducados por Rocinante y a Sancho los cien por el rucio, lo que le hizo decir a este con amarga sorna aquello de que los duelos con pan son menos, y después de guardar Angulo bajo el jubón la cédula probatoria de que aquellas eran las auténticas bestias de don Quijote y su escudero, se abrazaron todos y quedaron en verse pronto, los indianos, ricos, y los comediantes con mejor fortuna, que siempre la tienen mala, y buscaron estos la Puerta de Jerez, el juez el convento de Santa María de Pasión, donde tenía por costumbre rezar la misa, y Sancho y Sansón su casa.